



SESIÓN
DE INVESTIDURA
DE DOCTOR
“HONORIS CAUSA”

DEL
EXCMO. SR. DR. D. MIGUEL BATLLORI Y MUNNÉ



SESIÓN
DE INVESTIDURA
DE DOCTOR
"HONORIS CAUSA"

DEL
EXCMO. SR. DR. D. MIGUEL BATLLORI Y MUNNÉ

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
MADRID



SESIÓN
DE INVESTIDURA
DE DOCTOR
“HONORIS CAUSA”

DEL
EXCMO. SR. DR. D. MIGUEL BATLLORI Y MUNNÉ



2002

© 2002, Universidad Pontificia Comillas

Depósito Legal: M. 11.823-2002

Diseño, composición y maquetación:
JPM Graphic, S.L.
c/ Martínez Izquierdo, 7 • 28028 Madrid

Impreso por:
Impresos y Revistas, S.A.
c/ Herreros, 42 • Getafe (Madrid)

Impreso en España - *Printed in Spain*

CEREMONIAL
DEL SOLEMNE
ACTO DE INVESTIDURA
DE DOCTOR
«HONORIS CAUSA»
DEL
EXCMO. SR. Y RVDO.
P. MIGUEL BATLLORI Y MUNNÉ,
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS



Cuando el cortejo académico ocupe sus puestos y permaneciendo en pie, el coro interpreta «CANTICORUM IUBILO»

1. Inicio

Excmo. y Magfco. Sr. **Rector**:

SEÑORES CLAUSTRALES, SENTAOS Y DESCUBRÍOS

2. Lectura del decreto

a) Excmo. y Magfco. Sr. **Rector**:

LA SEÑORA SECRETARIA GENERAL LEERÁ EL ACTA DE NOMBRAMIENTO DE DOCTOR «HONORIS CAUSA» POR LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS DEL EXCMO. SR. Y RVDO. P. MIGUEL BATLLORI Y MUNNÉ, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

b) La Sra. Secretaria lee el Acta.

3. Terminada la lectura, el Excmo. y Magfco. **Sr. Rector** dirá:

EL ILMO. SR. DECANO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES SE DIGNARÁ CONDUCIR Y ACOMPAÑAR A LA PRESENCIA DE TODOS LOS CLAUSTRALES AQUÍ REUNIDOS AL CANDIDATO AL GRADO DE DOCTOR, EXCMO. SR. Y RVDO. P. MIGUEL BATLLORI Y MUNNÉ, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

(El Decano sale de la sala)

4. El Excmo. y Magfco. **Sr. Rector**, al entrar el Decano con el Padrino y el Doctorando, dirá:

LEVANTAOS

El Claustro puesto en pie recibe al Padrino llevando a su derecha al Candidato al grado de Doctor, revestido de toga y muceta, y cerrará la marcha el Decano. Se inclinarán ante la Presidencia, y el Doctorando y su Padrino ocuparán los sitios dispuestos de antemano (fila 1.^a izda.), mientras el Decano vuelve a su sitio.

En este momento el Coro interpreta el «VENI, CREATOR SPIRITUS»

Al terminar la intervención del Coro, el Excmo. y Magfco. **Sr. Rector** dirá:

SENTAOS

5. Investidura del Doctorado

a) Excmo. y Magfco. Sr. **Rector**:

SE VA A PROCEDER A LA SOLEMNE INVESTIDURA DE DOCTOR DEL EXCMO. SR. Y RVDO. P. MIGUEL BATLLORI Y MUNNÉ, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS; EL PROFESOR DR. ENRIQUE MENÉNDEZ UREÑA TIENE LA PALABRA PARA HACER LA PRESENTACIÓN DEL DOCTORANDO.

b) Elogio del doctorando por el Prof. Menéndez Ureña, que terminará así:

ASÍ PUES, CONSIDERADOS Y EXPUESTOS TODOS ESTOS HECHOS, DIGNÍSIMAS AUTORIDADES Y CLAUSTRALES, SOLICITO CON TODA CONSIDERACIÓN Y ENCARECIDAMENTE RUEGO QUE SE OTORQUE Y CONFIERA AL EXCMO. SR. Y RVDO. P. MIGUEL BATLLORI Y MUNNÉ, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, EL SUPREMO GRADO DE DOCTOR «HONORIS CAUSA» POR LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS



Y SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS DE MADRID.

Al terminar la intervención del Padrino, el Excmo. y Magfco. **Sr. Rector** dirá:

EN PIE

(Todos los asistentes se ponen de pie.)

(El Padrino Dr. Menéndez Ureña acompaña al P. Miguel Batllori y Munné a la Presidencia)

- c) **Rector:** entregando el **Título** al **P. Miguel Batllori y Munné:**

POR LA JUNTA DE GOBIERNO DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS, A PROPUESTA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES, Y EN ATENCIÓN A VUESTROS RELEVANTES MÉRITOS, HABÉIS SIDO NOMBRADO DOCTOR «HONORIS CAUSA». EN VIRTUD DE LA AUTORIDAD QUE ME ESTÁ CONFERIDA, OS OTORGO EL GRADO DE DOCTOR EN CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES Y OS ENTREGO DICHO TÍTULO (entrega el título).

- d) **Rector:** entregando el **libro** de la ciencia al **P. Miguel Batllori y Munné:**

RECIBID EL LIBRO DE LA SABIDURÍA Y DE LA LEY DE DIOS, CONSERVADLO COMO SÍMBOLO DE CUANTO TENÉIS QUE APRENDER Y ENSEÑAR Y COMO TESTIMONIO DE QUE, POR MÁS GRANDE QUE SEA VUESTRO SABER, HAY QUE NUTRIRLO SIEMPRE CON LA MEDITACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS, EL EJEMPLO DE LOS VIEJOS MAESTROS Y LAS CONQUISTAS DE LOS NUEVOS, A FIN DE QUE SEAN

BASE PARA VUESTROS PROPIOS HALLAZGOS, FUNDAMENTO DE VUESTRAS ENSEÑANZAS Y ESTÍMULO PARA PERPETUARLOS EN VUESTROS DISCÍPULOS.

- e) **Rector** imponiendo el **anillo**:

P. MIGUEL BATLLORI Y MUNNÉ, OS ADMITO E INCORPORO AL COLEGIO DE DOCTORES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS CON TODOS LOS DERECHOS Y OBLIGACIONES QUE TIENEN LOS DEMÁS DOCTORES DE ESTA UNIVERSIDAD.

- f) **Rector** entregando los **guantes**:

RECIBID LOS GUANTES BLANCOS, COMO SÍMBOLO DE LA FORTALEZA QUE VUESTRAS MANOS HAN DE CONSERVAR, Y TAMBIÉN COMO SIGNO DE VUESTRA ALTÍSIMA DIGNIDAD.

- g) **Rector** sosteniendo el **birrete**:

RECIBID EL BIRRETE COMO SIGNO DE VUESTRA DIGNIDAD Y SÍMBOLO DEL MAGISTERIO QUE ESTÁIS LLAMADOS A IMPARTIR A FIN DE QUE VUESTRA SABIDURÍA SEA PROVECHOSA PARA MUCHOS. Imposición del birrete al P. Miguel Batllori y Munné.

- h) *Doctorando* (P. Miguel Batllori)

ACEPTO EL GRADO DE DOCTOR QUE ME CONFERÍS Y PROMETO DEDICAR MIS ESFUERZOS AL SERVICIO DE LA VERDAD EN COMUNIÓN CON QUIENES AQUÍ ENSEÑÁIS Y APRENDÉIS EN NOMBRE DE LA IGLESIA.

i) **Rector:**

PORQUE OS HABÉIS INCORPORADO A ESTA UNIVERSIDAD, RECIBID AHORA, EN NOMBRE DEL CLAUSTRO, EL ABRAZO DE FRATERNIDAD DE LOS QUE SE HONRAN Y CONGRATULAN DE SER VUESTROS COMPAÑEROS.

(El Doctor se retira a su asiento, acompañado del Padrino).

Al terminar, el Excmo. y Magfco. **Sr. Rector dirá:**

SENTAOS

(Los asistentes se sientan.)

6. Lección doctoral.

a) Excmo. y Magfco. Sr. **Rector:**

TIENE LA PALABRA EL EXCMO. SR. Y RVDO. P. MIGUEL BATLLORI Y MUNNÉ, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, PARA PRONUNCIAR SU DISCURSO DE INCORPORACIÓN A ESTE CLAUSTRO.

b) El Padrino, Dr. Menéndez Ureña, conduce al P. Miguel Batllori a la cátedra

c) Lección doctoral: «Baltasar Gracián, escritor y escriturista»

7. Entrega de la Medalla de la Universidad

Excmo. y Magfco. Sr. **Rector**

SE VA A PROCEDER A LA ENTREGA DE LA MEDALLA DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS AL

NUEVO DOCTOR. LA SEÑORA SECRETARIA GENERAL
LEERÁ EL ACTA DE CONCESIÓN DE LA MEDALLA.

La Secretaria lee el acta.

El Padrino acompaña a su patrocinado para recibir la
medalla.

8. Despedida

Excmo. y Magfco. Sr. **Rector**.

Palabras del Rector

- b) Concluido el discurso del Rector, el CORO canta el «GAU-
DEAMUS IGITUR»
- c) Excmo. y Magfco. Sr. **Rector**:

SE LEVANTA LA SESIÓN

Salen todos del Aula Magna, iniciando la comitiva en el
mismo orden de la entrada.

LA JUNTA DE GOBIERNO
DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS,

en su sesión de 30 de abril de 2001,
a propuesta de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales,
tomó por unanimidad el acuerdo de otorgar el título de

DOCTOR «HONORIS CAUSA»,

por la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, al

EXCMO. SR. DR. MIGUEL BATLLORI Y MUNNÉ, S.I.,

en reconocimiento:

Por su dilatada labor investigadora en los campos de la historia y el pensamiento, concretamente en el Humanismo y el Renacimiento, Raimundo Lull, Baltasar Gracián, la historia y la cultura de los jesuitas y el Barroco. Su trayectoria intelectual y humana condensa el Humanismo en su sentido más neto, como actitud siempre abierta, crítica y comprometida con el mundo y la sociedad, iluminada en todo momento por una conciencia histórica y por el rigor del pensamiento y del discurso.

Lo que certifico, a todos los efectos procedentes,
en Madrid a diecisiete de octubre de dos mil uno.

El Secretario General

F/ JAVIER M. BERRIATÚA SAN SEBASTIÁN



ELOGIO DEL
EXCMO. SR. P. MIGUEL BATLLORI Y MUNNÉ, S.I.
POR EL
PROF. DR. P. ENRIQUE MENÉNDEZ UREÑA, S.I.



*Reverendísimo Padre Vice-Gran Canciller
de la Universidad,
Excelentísimo y Magnífico Padre Rector,
Dignísimas Autoridades Académicas,
Miembros del Claustro de Profesores,
Alumnas y alumnos,
Señoras y Señores*



El día 6 de julio del año a cuyo fin nos estamos acercando, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid hacía efectivo, por resolución del Rector, el cambio de denominación aprobado el 11 de noviembre del año anterior por la Congregación para la Educación Católica, pasando a llamarse Facultad de Ciencias Humanas y Sociales. En el día de hoy la Universidad Pontificia Comillas de Madrid se viste de gala para otorgar su primer Doctorado *honoris causa* por la recién estrenada Facultad al Excelentísimo Señor P. Miguel Batllori y Munné S.I. Agradezco al Decano, Prof. P. Miguel Juárez S.I., el encargo de presentar al Padre Batllori, pues a él me une, tanto la admiración por su obra y la sintonía con su visión del



quehacer histórico y con su talante liberal, como el sentido afecto hacia su persona.

Nacido el 1 de octubre de 1909 en el corazón de Barcelona, en el nº 2 de la Plaza de Cataluña, el P. Batllori cursa la primaria y el bachillerato en el Colegio del Sagrado Corazón que tienen los jesuitas en la calle de Caspe, mereciendo al despedirse del Colegio una «distinción especialísima y premio singular» por haber recibido las mejores notas durante los 9 años que allí estuvo. En 1925 comienza sus estudios en la Universidad de Barcelona simultaneando dos carreras: la de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras, como alumno oficial, y la de Derecho como alumno libre. Tres años después obtiene ambas Licenciaturas, otorgándosele el Premio Extraordinario en la que había estado matriculado como alumno oficial. El 16 de octubre de ese mismo año ingresa en el noviciado de los jesuitas en Gandía; hace después los estudios humanistas en Veruela y, tras la disolución de la Compañía de Jesús por la República, en diversos lugares de Italia (1930-1933); en 1936 se licencia en Filosofía en Avigliana, ciudad medieval cercana a Turín, y en 1940, tras concluir en Oña la Licenciatura en Teología cursada en su mayor parte en San Remo, es ordenado sacerdote en la víspera de la fiesta de San Ignacio. Al año siguiente se doctora en Historia en la Universidad de Madrid, obteniendo Premio Extraordinario. Es destinado entonces a Mallorca, al Colegio de Montesión, donde enseña historia, literatura y filosofía. Sobre esta etapa de su vida escribiría más tarde él mismo que había ido allí «más o menos exiliado» por ser «muy liberal y muy catalán». Antes de terminar su estancia mallorquina, el 2 de febrero de 1946, hace la Profesión Solemne en la Compañía de Jesús, cerrando así el largo camino que han de recorrer los jesuitas hasta llegar a la incorporación definitiva en la Orden.

Un año más tarde le encontramos ya en Roma, destinado por sus Superiores al *Instituto Histórico de la Compañía de Jesús*, del que es Director de 1954 a 1958. Durante 25 años (1951 a 1969 y 1974 a 1981) dirige la revista de este Instituto, el *Archivum Historicum Societatis Iesu*. Profesor Ordinario

(Catedrático) de Historia Moderna de 1955 a 1980 en la Facultad de Historia Eclesiástica de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, es nombrado en 1981 Profesor Emérito con carácter permanente. En los años inmediatamente siguientes (1982 a 1984) es el primer Presidente de la Sociedad Bolivariana de Roma.

En 1966 es elegido, junto a Theodor W. Adorno, Arnold Toynbee, Raymond Aron y otras grandes figuras de la época, para la Comisión Internacional de preparación del centenario del nacimiento de Benedetto Croce. Durante todo el decenio de los 70 formó parte del Comité Internacional de Ciencias Históricas, perteneciendo desde 1955 al Comité nacional de España y desde 1964 al de la Santa Sede. Su participación cualificada en los Congresos Internacionales celebrados cada cinco años entre 1950 y 1990 ha sido ininterrumpida.

Elegido Académico de Número en junio de 1957, el P. Miguel Batllori lee en el mismo mes del año siguiente su Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, *Alejandro VI y la casa real de Aragón, 1492-1498*, siendo contestado por D. Gregorio Marañón. Es así hoy, con sus más de 43 años de pertenencia a ella, el Decano de tan insigne Academia. Batllori es además Académico Honorífico de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, Correspondiente de la Accademia Pontaniana de Nápoles y del *Institut d'Estudis Catalans* y, como Académico de la Real Academia de la Historia de España, es también Correspondiente de todas las Academias nacionales de la Historia de los países de la América hispana.

El P. Batllori ha sido además galardonado con numerosos Doctorados *honoris causa* y un sinnúmero de otras distinciones honoríficas de diversa índole. Es Doctor *honoris causa* por la Universidad de Valencia (1975), por la Facultad de Teología de Barcelona (1976), por la Sección de la Universidad Nacional de Educación a Distancia en Cervera (1993) y por la Universidad Politécnica de Valencia (2001); va a serlo dentro de unos momentos por nuestra Universidad y, hace tan solo unas pocas semanas, se han hecho públicas las concesiones de tres

Doctorados *honoris causa* más por las Universidades de Alicante, de Castellón y de Lérida.

Entre las demás distinciones honoríficas hay que destacar en primer lugar la concesión en 1995 del Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales. Sin intentar agotar el elenco de las restantes sean recogidas aquí, siguiendo un orden cronológico, el Premio Lletra d'Or (1980), la Creu de Sant Jordi (1982), la Orden de Bolívar de Venezuela (1983), la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio (1984), la Medalla de Oro de la *Generalitat* de Cataluña (1985), el Premio Nacional de Historia de España (1988), el Premio de Honor de las Letras Catalanas (1990), el Premio *Lluís Guarnier* de la *Generalitat* Valenciana (1991), la Medalla de Oro de la Ciudad de Barcelona por la Investigación (1992), la Cruz de Honor de Austria de la Ciencia y el Arte (1997), la Medalla de Oro del Gobierno Balear (1998), la Medalla de Oro de la Universidad de Lérida (1999), el Premio Ciudad de Barcelona de Literatura Catalana (2001) y la Medalla de Oro del Parlamento de Cataluña (2001).

Cumplidos los 70 años de edad se suceden los homenajes. En ese aniversario la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas publica, bajo el título *Del Descubrimiento a la Independencia: estudios sobre Iberoamérica y Filipinas*, una selección de sus artículos con el prólogo del Dr. Pedro Grases «Miguel Batllori, o la sabia pulcritud». Los 75 años son festejados en 1984 por el Instituto Español de Cultura de Roma, con la publicación del volumen *Studia Historica et Philologica in Honorem M. Batllori*; y por la revista *Archivum Historicum Societatis Iesu*, que le dedica su volumen LIII con contribuciones de especialistas de distintos países europeos y de las dos Américas. Sus 80 años fueron celebrados, primero, por la Asociación Italiana de Estudios Catalanes en octubre de 1988 con un *Congreso sobre Ramon Llull, il Lullismo internazionale e l'Italia*; y después, en mayo de 1990, por la asociación «Catalans a Roma» con una semana de *Conferencias en honor de Miguel Batllori*, dedicadas al análisis de su obra global por diversos especialistas. A esta celebración siguen otros homenajes que, desprendiéndose ya de los aniversarios quince-

nales, se expanden a lo largo del último decenio del siglo, al que Batllori le arrebatará el nombre: el decenio de los años noventa muere dando a luz al Miguel Batllori de los noventa años.

La revista *Anthropos* dedica entero su número de septiembre de 1990 al estudio, por reconocidos especialistas, de la obra batlloriana, bajo el título «Miguel Batllori: Una historiografía puntual de la cultura occidental», y, en diciembre del mismo año, le dedica un Suplemento de Antologías Temáticas que, con el título «Miguel Batllori. Temas de varia historia», recoge cuarenta y tres artículos cortos —en catalán, castellano, italiano, francés y alemán— agrupados por temas representativos del conjunto de su obra, que van desde problemas historiográficos generales hasta minibiografías, desde el Medioevo hasta la Ilustración y los tiempos actuales, desde Europa hasta América y Filipinas. En 1992 es invitado a dictar cinco conferencias sobre su propia obra, seguidas de debate, en la Cátedra Ferrater Mora de la Universidad de Gerona, prestigiosa tribuna en la que le habían precedido invitados como Paul Ricoeur o Noam Chomsky. Al año siguiente salen a la calle los dos primeros volúmenes de su *Obra Completa*, que sigue publicándose durante el decenio y cuyo volumen XVII, de un total de diecinueve, acaba de aparecer este mismo año. En 1997 tienen lugar las *Jornades sobre l'obra de Miquel Batllori*, organizadas por la Sección Histórico-Arqueológica del *Institut d'Estudis Catalans*, y en 1998 las conferencias *Miguel Batllori, historiador humanista. Ciclo sobre su obra*, organizado por la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. En el año de su noventa aniversario de vida la *Fundació Catalana per a la Recerca* le prepara su biografía, por A. Alcoberro, que se publica al año siguiente (2000). El P. Batllori cede a la insistencia de las historiadoras Cristina Gatell y Gloria Soler y el mismo año 2000 la editorial Quaderns Crema saca a la calle *Miquel Batllori. Records de quasi un segle*, cuya traducción castellana será presentada el próximo día 3 en el Círculo de Bellas Artes de Madrid por los Académicos D. Gonzalo Anes y D. Miguel Herrero de Miñón.

Este elenco de nombramientos y acontecimientos académicos y honoríficos, tan excepcionalmente rico aun sin haber sido exhaustivo, no es el fruto de juegos florales de salón, sino el de una obra científica vasta, densa, erudita y sorprendentemente variada en campos y tiempos estudiados, y de una personalidad intelectual y humana enormemente atractiva. Josep Massot i Muntaner la dibujaba en la apertura de las mencionadas «Jornades sobre l'obra de Miquel Batllori» con estas palabras: «he podido admirar bien de cerca la delicadeza y la amabilidad, la capacidad infinita de trabajo, el gusto por la faena bien hecha, la atención por los detalles que no le resta el poder de síntesis ni la fuerza de convicción, el extraordinario espíritu crítico reñido con los tabús y los miedos, la apertura de espíritu, que acepta cualquier sugerencia y rectifica cualquier afirmación anterior siempre que lo considere oportuno o bien sostiene con tenacidad las opiniones que cree bien fundamentadas; todo ello unido a un *saber hacer* que le aleja tanto de la pedantería y del orgullo ridículo como de la falsa humildad y de la hipocresía».

Antoni Maria Batllori de Orovio y Paula Munné de Escauriza, nacida en Cuba, fueron los padres de nuestro homenajeado. Por cierto, y para su disgusto, la rama paterna le emparentaba —«afortunadamente de manera muy lejana», subraya en sus *Recuerdos* el P. Batllori— con el primer Marqués de Orovio, castigador desde el ministerio de Fomento de krausistas y liberales, aunque la vida le compensaría, señalo yo ahora, al corresponderle en la Real Academia de la Historia la misma medalla n.º 14 que había llevado un siglo antes que él, de 1866 a 1874, uno de los más prestigiosos entre los castigados por el Marqués: el liberal y krausista Fernando de Castro y Pajares. Batllori padre decía a sus hijos varones: «Si queréis haceros sacerdotes o religiosos tenéis ya mi permiso desde ahora. Si queréis estudiar os mantendré hasta los treinta años». Miguel eligió las dos cosas: primero ir a la Universidad y después hacerse jesuita. Estas dos circunstancias tendrían, sobre todo a través de los catedráticos de la Universidad de Barcelona Antonio de la Torre y del Cerro y Jordi Rubió y Balaguer y del

ilustre jesuita amigo y director espiritual de sus padres, Ignasi Casanovas, una influencia decisiva en la elección de sus dos principales espacios temáticos y cronológicos de investigación: Cataluña y Compañía de Jesús, Edad Media y Edad Moderna, así como en la manera de fundamentarlos: ingente trabajo de archivo.

En la investigación archivística y en la indagación en bibliotecas con importantes fondos bibliográficos, tanto en la metodología como en la pasión por ese tipo de trabajo, se inició Batllori durante sus años de estudiante universitario de la mano de Antonio de la Torre en el Archivo de la Corona de Aragón, sito entonces en el antiguo Palacio del Lugarteniente, donde los estudiantes de historia dedicaban con él a prácticas cerca de dos horas diarias; de la mano de Jordi Rubió en la Biblioteca de Cataluña, alojada entonces en el segundo piso del Palacio de la *Generalitat*, de la que Rubió era director desde 1913 y que pronto se había convertido en la primera biblioteca moderna de Barcelona, y en un curso de investigación de literatura castellana que provocará la confección, junto con Carlos M. Clavería, de su primer trabajo de investigación: «Una colección de ediciones del teatro antiguo español en la Biblioteca provincial universitaria de Barcelona»; y, finalmente, de la mano del P. Casanovas en la Biblioteca Balmes, institución fundada por este distinguido jesuita en 1923 y que enseguida había alcanzado un gran prestigio y halagadoras expectativas de futuro, malogradas estas últimas con los tristes sucesos de los comienzos de la guerra *incivil*, como gusta decir el P. Batllori, y ya no recuperadas después. Al agradecido recuerdo de tan extraordinarios maestros añade nuestro homenajeado el recuerdo de excelentes compañeros como Xavier de Salas, Anna Maria de Saavedra, Guillermo Díaz-Plaja y el ya mencionado Carlos M. Clavería o, un curso detrás de él, Jaume Vicens i Vives.

El itinerario geográfico de la formación jesuítica del joven Miguel Batllori le va a ir proporcionando ocasiones de continuar el camino iniciado en la Universidad de Barcelona, perfilando a la vez sus objetos de estudio. En Gandía respira los

aires de los Borja, en cuyo antiguo palacio ducal se encontraba entonces el Noviciado y sobre los que llegará a ser máximo especialista. En Agullent, donde los novicios de Gandía pasaban las vacaciones de verano, recoge sus primeros documentos de San Vicente Ferrer. Desde el Juniorado de Veruela hace algunas visitas al archivo de la vecina catedral de Tarazona. Pero el paso definitivo lo dará durante su estancia en Avigliana, adonde, tras la disolución de la Compañía de Jesús decretada por la República el 23 de enero de 1932, se traslada con sus compañeros y profesores jesuitas para terminar sus estudios de Humanidades y hacer los de Filosofía.

Es en esta época cuando Ignasi Casanovas, apoyado por el Provincial Josep-Maria Murall, pide al General de la Compañía de Jesús de entonces que permita a Miguel Batllori completar los estudios sobre los jesuitas catalanes de Cervera y Barcelona, en los que el propio Casanovas estaba embarcado, con su proyección en Italia entre 1767 y 1815. Con un permiso para aquellos tiempos verdaderamente excepcional para un estudiante jesuita todavía no sacerdote, Batllori dedica tres veranos enteros a recorrer Italia trabajando febrilmente en archivos y bibliotecas desde Trento hasta Nápoles, Sicilia y Malta. Al encontrarse con abundantes materiales del mundo medieval catalán y su relación con el italiano, amplía el joven investigador su búsqueda y recogida de materiales al medioevo, a la vez que el estudio de los jesuitas españoles e hispano-americanos en la Italia del Setecientos se va ensanchando hacia el estudio de la cultura setecentista española, italiana y europea, ampliaciones y ensanchamientos aprobados por el P. Casanovas como subraya constantemente Batllori en evidente señal de fidelidad y agradecimiento y, así al menos me ha parecido percibirlo en sus Recuerdos, de la honda huella que dejó en él el asesinato del jesuita en septiembre de 1936. Los materiales recogidos en los archivos fueron tan copiosos, que de los cuatro veranos de que dispuso (1933-1936) se vio obligado a permanecer el tercero en Avigliana para ordenar el botín conquistado en los dos primeros y planificar el cuarto. Durante su larga estancia en Mallorca fueron material privile-

giado de estudio. En Roma —y en el medio mundo que recorrió en infinitos viajes— archivos y bibliotecas siguieron siendo para él lugares familiares y proveedores generosos, lo que no le impidió seguir cultivando viejas amistades y entablar otras nuevas como las que le unieron a Salvador de Madariaga, Américo Castro o Claudio Sánchez Albornoz.

«Todos mis trabajos giran en torno a Cataluña y a los jesuitas, y creo que realmente esta dispersión aparente que existe en mi obra se ovilla alrededor de esta doble problemática. Como catalán soy esencialmente medievalista, y como jesuita historiador de la orden soy modernista». Sin embargo, esa polaridad entre medievalista y modernista se difumina a la luz de una nueva historiografía, en la que el mismo Batllori se encuadra, que adelanta hasta los tiempos de Bonifacio VIII el tránsito hacia la edad moderna. Así matizará él mismo su expresión anterior con esta otra: «no se me puede llamar medievalista, hay que decir que mi historiografía abarca el mundo moderno desde sus inicios hasta nuestros días».

Una glosa sintética del riquísimo espectro de la obra batlloriana, que transmitiese a la vez puntualmente lo esencial de cada uno de sus múltiples haces, es cosa para la que no me alcanza el tiempo ni la competencia. Pero sí diré algo sobre la energía única que alimenta esa obra, después haber cumplido con otro deber de una *laudatio* académica: el de dedicar unas pocas palabras a la relación que une al *laudator* con el homenajeado.

Aunque en edad no son pocos los años que nos separan, al haber estudiado ambos la filosofía con los jesuitas catalanes tuvimos el P. Batllori y yo profesores comunes; como el P. Puigrefagut, cosmólogo que había estudiado en Alemania con discípulos directos de Einstein, o el P. Palmés, uno de los introductores de la psicología experimental en Cataluña. Pero nuestro primer contacto personal tuvo lugar en esta Universidad. En sus venidas a Madrid se escapaba con frecuencia a la Residencia de Profesores de esta Sede. Las charlas de sobremesa con sus amigos y colegas historiadores, los Profesores PP. José Martínez de la Escalera, Manuel Revuelta, Pedro Álvarez, Enri-

que Lull y otros, se alargaban haciéndose cortas a la vez. Así nos conocimos, siendo acogido yo en las tertulias cuando, aun sin ser historiador de carrera, comencé a indagar en el siglo XIX hace unos veinte años, obligado por mis investigaciones sobre Krause y el krausismo, a las que me había inducido el Profesor Pedro Álvarez. El P. Batllori presentó en la Real Academia de la Historia mi solicitud de autorización para trabajar en los manuscritos de Sanz del Río y de la Institución Libre de Enseñanza custodiados entonces en ella bajo una normativa especial. Aún recuerdo sus gratificantes palabras de apoyo y felicitación tras los primeros descubrimientos que allí hice.

El acercamiento, en estos últimos meses, a la obra del P. Batllori y a los escritos de sus comentadores, se convirtió para mí en fuente de enriquecimiento y de disfrute. De enriquecimiento, por el contacto con una rica obra científica de contenidos desconocidos para mí. De disfrute, porque me pareció ir palpando *in crescendo* en qué consistía aquella energía única que nutría y daba vida a los diversos trabajos: tras la letra impresa iba palpando más y más el *espíritu del auténtico historiador*.

Fue ese auténtico espíritu el que le impulsó a recorrer archivos y dedicarles horas sin cuento para asegurar el fundamento más primario de la verdad histórica; y a asimilar y elaborar esos fundamentos primarios, procedentes de multitud de personajes y de distintos campos y tiempos, convirtiéndolos en visiones comprensivas. Y fue ese auténtico espíritu de historiador el que, a medida que crecía en aquel *tacto* del que hablaron Helmholtz y Gadamer, le condujo a interpretaciones más amplias y más complejas de diversos segmentos de la cultura y de sus entrelazamientos en niveles cada vez más profundos. Por eso Batllori puede decir a la vez que es medievalista por Cataluña y modernista por los jesuitas y que no es medievalista sino modernista porque el gozne del siglo XIII al XIV es ya un tiempo de transición hacia la edad moderna. El conocimiento de especialista de los distintos siglos y los diversos campos es precisamente lo que le permite marcar de modo *sustancial* —no solo con puras afirmaciones generales y abstractas de difusas coincidencias— continuidades y transiciones. Creo que el *concepto*

unitario que Batllori tiene de la historia como «Werden», como narración y como ciencia está en él amasado con la rica experiencia *vital* del historiador y con la profunda convicción de que en la investigación histórica, cuanto más complejas y profundas son las realidades abarcadas, más débil es el grado de las certezas alcanzadas: esto último, me arriesgaría a decir, es la gran lección que Batllori fue aprendiendo en el largo camino recorrido desde el primer papel que encontró en el Archivo de la Corona de Aragón y en la Biblioteca de Cataluña hasta las grandes visiones y síntesis de sus años venerables.

El último mérito que quiero destacar en este *Elogio* de nuestro doctorando *honoris causa* es el de la objetividad de sus escritos, subrayada más de una vez por los comentadores de su obra. Objetividad no enturbiada ni por *el catalán* en los estudios sobre Cataluña, ni por *el jesuita* en los estudios sobre la Compañía de Jesús. Una objetividad sin duda reforzada en él por la fe en un Dios que se definió a Sí mismo como «Yo soy el que soy» y dio sin temor testimonio de su verdad hasta la muerte en cruz. Y una objetividad que naturalmente no hay que confundir con el objetivismo que ignora el círculo hermenéutico —esencial, perenne y fructífero— que complica al historiador con su objeto de estudio; ni tampoco con el que ignora que, en casos extremos, esa complicidad puede resultarle al historiador extremadamente dura. Batllori ha tratado teóricamente lo primero y ha contado su propia experiencia de lo segundo: siempre se negó a historiar la Guerra Civil del 36.

Padre Batllori, varias universidades de Cataluña y Valencia, a la vez que han honrado sus méritos científicos con Doctorados *honoris causa*, le han agradecido su dedicación a la historia de esas tierras. Hoy, en el marco del cuarto centenario del nacimiento de Baltasar Gracián, aquel jesuita aragonés y universal del que es Ud. máximo especialista y sobre quien va a tener enseguida su Lección Doctoral, esta centenaria Universidad Pontificia se complace en ser la primera universidad de la Compañía de Jesús que, a la vez que honra con un Doctorado *honoris causa* sus méritos científicos, le agradece su dedicación a la historia de los hijos de San Ignacio de Loyola.

ASÍ PUES, CONSIDERADOS Y EXPUESTOS TODOS ESTOS HECHOS, DIGNÍSIMAS AUTORIDADES CLAUSTRALES, SOLICITO CON TODA CONSIDERACIÓN Y ENCARECIDAMENTE RUEGO QUE SE OTORGUE Y CONFIERA AL EXCMO. SR. P. MIGUEL BATLLORI Y MUNNÉ S.I. EL SUPREMO GRADO DE DOCTOR HONORIS CAUSA POR LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS DE MADRID.

BALTASAR GRACIÁN,
ESCRITOR Y ESCRITURISTA

Lección Doctoral
del

EXCMO. SR. P. MIGUEL BATLLORI Y MUNNÉ, S.I.



*Reverendísimo P. Vice-Gran Canciller
de la Universidad,
Excelentísimo y Magnífico Señor Rector,
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores
de la Mesa presidencial,
Muy Ilustres Doctores de esta Universidad,
Distinguidos e ilustres colegas, señoras, señores:*

Inicar una disertación como la presente —recién halagados los oídos por la académica «Laudatio» de un colega que es, a la vez, compañero y amigo desde una fecha ya bastante lejana— con la explicitación de ser, el galardón recibido, tan inesperado como inmerecido, podría parecer un acto de humildad. Aunque en realidad no lo es.

Pues, si inesperado, señal de que no ha sido ni remotamente buscado, o re-buscado —por consiguiente, sería una autocomplacencia de cariz estético.

Y, si inmerecido, un reproche a quienes lo han propuesto y negociado —un reproche, pues, de matiz ético.

Aun así, ambas manifestaciones me parecen, aquí y ahora, ética y estéticamente obligadas. Y ese doble motivo me fuer-

za a no rehusarlas. Además, la ética y la estética, más el sentido religioso de la vida que por profesión profesó, me obligan, en este año graciano —o de gracia como me decía una gracia-nista amiga— a disertar ahora sobre Baltasar Gracián, a quien dediqué, en el comienzo mismo del año tricentenario de la muerte, 1958, un pequeño volumen, *Gracian y el Barroco*, primera obra en español en una colección romana de «Storia e Letteratura», temáticamente amplia y filológicamente plurilingüe; mientras que, anticipándome en un quinquenio al cuarto centenario de su nacimiento, 2001, preparé en 1996 una nueva edición acrecida, y aun duplicada, como volumen VII de mi *Obra Completa* catalana, aunque con extensas contribuciones en español e italiano. Ello y las revisiones críticas de un sinfín de obras gracianistas publicadas desde 1946 tanto en las tres lenguas mencionadas como en francés, inglés, alemán, neerlandés, checo y rumano, aseguraban a ese nuevo *Baltasar Gracián i el Barroc* el tono internacional que le corresponde.

Lo exigía el triple aspecto fundamental del escritor aragonés más universal, y uno de los escritores españoles de mayor vuelo, y aun revuelo, procedente del Siglo, o de los Siglos, de Oro de la literatura española. Difículto que, de los del siglo XVII, haya otro, fuera de Cervantes, que le gane la palma en punto a difusión internacional.

En el área de la estética, Gracián fue a la vez un creador literario, tanto en sus ensayos doctrinales como en su gran novela filosófica, *El Criticón*. El mismo la apellidó «epopeya», aunque en el sentido de la *Ratio studiorum* manierista de 1598/99, que incluía la prosa creativa en la poesía épica. Y fue también un sintetizador de la estética barroca en su *Arte de ingenio* de Madrid, 1642, y en su ampliada —tal vez con exceso— *Agudeza y arte de ingenio*, de Huesca, 1648, nunca traducida a lengua alguna hasta mediados del siglo XX, y entonces vertida dos veces al francés y una al italiano y al rumano. A mi parecer, el hecho mismo de que nadie se haya atrevido a encajar esta obra ni entre las poéticas ni entre las retóricas al uso, desde el Humanismo y el Renacimiento hasta el Manie-

rismo y el Barroco, permite proponer la cuestión de si no se trata, más que de una nueva Poética o de una nueva Retórica, de una novísima Estética del Barroco total, que abraza con igual fuerza el culteranismo y el conceptismo. Es ésta una contraposición tan útil en pedagogía literaria como difícilmente aceptable sin múltiples distinciones en los varios procesos creativos seiscentistas: a Gracián se le ha solido encasillar en el conceptismo, cuando son muchos más los textos de poesía culterana que glosa en su aguda, y aun re-aguda, *Agudeza*, que los conceptistas, y cuando para él la lengua castellana no era la lengua de Cervantes o de Quevedo, sino la de Góngora.

Quizás los primeros que supieron captar esa intrínseca unidad del fenómeno barroco fueron los que metían a los escritores de ambas escuelas en el mismo saco del mal gusto; y nótese que entre esos críticos, negativamente unitarios, del Barroco no se hallaban sólo retrasados críticos clericales, sino aun el mismo don Marcelino Menéndez y Pelayo, a quien todos los recalitrantes orteguianos juntos y compactos no han conseguido eliminar, como tampoco lo han logrado tantos pseudomenendezpelayanos, afortunadamente en un proceso imparable de extención.

Hasta aquí hemos divagado por el campo de la estética. En el de la ética, Gracián ha sido siempre tachado tanto de moralista como de inmoralista, sobre todo por su *Oráculo manual y arte de prudencia*, de Huesca, 1647, sin duda por profesar en él una filosofía moral equidistante del racionalismo cartesiano y del moralismo de base y tradición cristianas, y también por abrir de cuando en cuando la espita hacia un cierto pesimismo transcendental, que heredará Schopenhauer y agudizará Nietzsche. Y aun debemos recordar que en 1960 Arthur Hübscher, presidente de la Sociedad Schopenhauer de Alemania, abrió la cuestión de si este filósofo tradujo y glosó el *Oráculo* por ser él ya un filósofo pesimista, o si fue más bien Gracián quien le puso a las puertas del pesimismo transcendental, camino que sin ese encuentro —que no hallazgo, pues— quizá no hubiera seguido de un modo tan seguido y apretado. De entonces acá nuestro Baltasar Gracián ha sido constantemente

encasillado entre los pensadores pesimistas, aunque su pesimismo no fuese ni total ni perseverante en toda su obra, ni en todas sus obras.

Por esta razón he solido soslayar ese epíteto para caracterizar a un aragonés tan irónico, que con solo su ironía da un toque de serenidad a cualquier brote de pesimismo. Recuerdo que en un artículo sobre Gracián redactado para un diccionario alemán, tras la segunda guerra mundial, eliminé, como siempre, ese facilitón adjetivo; me lo añadió, ingenuamente, el responsable de la sección filosófica de aquella enciclopedia o diccionario —no puedo, ahora, recordar cuál era—, intenté borrarlo en las pruebas, pero no lo conseguí, y ahí quedó contra mi voluntad. Lo menciono aquí por parecerme un ejemplo puntual y significativo de mi constante lucha contra el tópico y en general contra el típico tópico.

Que no es ni ese supuesto pesimismo global, que nadie ha osado apellidar transcendental, ni los divertidos cuasiageográficos y cuasiacronológicos viajes de *El Criticón*, los motivos que han colocado a su autor, a pesar de sus persistentes connotaciones españolas y seiscentistas, entre los escritores de una *Weltliteratur* goethiana y de una reflexión filosófica universal, sino todo el conjunto de su obra y de sus obras, sin excluir sus escritos menores: algún prólogo, ciertas censuras críticas, el tan escaso como límpido epistolario que se nos ha conservado.

Echando una mirada de conjunto a toda su obra, advertiremos que en *El Héroe*, su obra primera (1636), que no prime-riza, podemos detectar, a la vez, sus precedentes vitales y sus fuentes literarias. Las innegables dependencias de Castiglione, de Maquiavelo, de Botero, de Malvezzi, se sobreponen a una larga serie de vivencias. Gracián elaboró en su interior esa primera obra durante los treinta y seis años que había vivido antes de darla a los tórculos de imprenta. A muchos de los antimaquiavelistas españoles, sobre todo a los eclesiásticos y jesuitas, pudo conocerlos antes de llegar a Huesca el año anterior, principalmente en el colegio-universidad de Gandía; pero su *Héroe* es algo mucho más profundo: la proyección, hacia

un mundo ideal —que no era el suyo—, del afán de superarse en la vida espiritual y ascética —la suya— y una inevitable reacción contra su propio ambiente, que no alcanzaba entonces —lo hemos comprobado documentalmente— en su provincia religiosa de Aragón, el mismo nivel cultural que en las restantes de España. De ahí esa extraña mezcla de elevación —reflejo ascético y espiritual— y de astucia —reflejo de su lucha contra la mediocridad de su ambiente— más que victoria del maquiavelismo sobre el antimachiavelismo eclesiástico — fenómeno que se ha advertido tanto en su obra como en la de otros muchos escritores españoles e italianos. Gracián debió de llegar a Huesca en 1636 con el ideal de su Héroe perfectamente perfilado en su interior, y probablemente también, al menos en parte, sobre el papel: el contacto con el grupo de Lastanosa y con otros libros estimulantes fue sólo el catalizador final. De ahí el predominio, en ese su primer libro, de su tensión personal sobre la erudita, aun con ser ésta también tan evidente y detectable.

Muy pronto, en el mundo culto del palacio de Lastanosa, Baltasar Gracián supo concretar el Héroe abstracto moral-político en un héroe moral-político concreto, *El Político Fernando el Católico*, un panegírico a la manera de los de la latinidad argéntea, iniciado en Huesca, repulido, completado y publicado el año 1640 en Zaragoza, donde entonces había comenzado a ejercer el delicado cargo de confesor —y consejero también, según la costumbre de la época— del virrey de Aragón, el noble Don Francesco María Carafa Castrioto Gonzaga, duque de Nocera en el reino de Nápoles.

El político graciano es un trasunto aragonés del *Panegyricus Traiano dictus* de Plinio el Joven, que Francisco de Barreda había castellanizado como *El mejor príncipe Trajano Augusto*, y el ex jesuita flamenco Justo Lipsio comentado con gran sutileza en la edición latina de Amberes, 1600, un año justo antes del nacimiento de Gracián. Por encima de la gran erudición libresca de éste en temas de ciencia política, así de los autores clásicos como de los modernos, el influjo de Justo Lipsio es aquí determinante. Ceferino Peralta supo compendiar ejem-

plaramente los estudios amplios y analíticos de Ángel Ferrari en la obra ya clásica de este último, *Fernando el Católico en Baltasar Gracián*, aparecida en Madrid en 1645. Cuando la leí, entonces, me pareció una triaca contra el ponzoñoso mito de aquellos años en torno a los Reyes Católicos. Como tributo a estos dos amigos, gracianistas ambos, que no han conseguido vivir hasta este año cuadricentenario, quiero leer ahora el apretado párrafo en que Peralta sintetiza, con «aguda» y «manual» precisión, el exquisito logro interpretativo de Ferrari:

«El Político, de Gracián —escribía Peralta— sería de un artificio extremo, al estar entretrejado, según Ferrari, por un triple esquema quíntuple: uno aretológico —(vale decir, centrado en las virtudes de don Fernando)—, otro antropomórfico y otro tradicional biográfico-político, que comprende las virtudes, dones, dotes, facultades y caracteres de la personalidad. La suma del esquema biográfico, más el antropomórfico, quintuplicada por la inserción del esquema aretológico en cada uno de los elementos de los otros dos esquemas, daría el resultante de las 50 cualidades fundamentales que deben precisarse en el desarrollo de la idea y teoría de El Político».

En este largo párrafo de Peranta no se sabe qué apreciar más si la exquisitez manierista de Lipsio o la agudeza interpretativa de Ferrari o la sutil concreción graciana de Ceferino.

Éste, por si fuera poco, añade aún dos agudezas críticas: «En la estructuración total Gracián, como en *El Héroe*, emplearía la técnica de la ocultación literaria que le es peculiar, singularizando o universalizando, trocando o retorciendo, aludiendo o disociando, adjetivando o sutantivando elementos no originales, pero sí originalizados.» Para concluir, el crítico jesuita, tan embebido de Gracián: «En la preceptiva graciana, de nuevo, *El Político* es una agudeza compuesta, compleja, mayor y oculta.» No en vano Ferrari me decía, ya en sus últimos años, que Vicens Vives y Ceferino Peralta eran dos de los pocos que habían leído y entendido su obra, una obra de tradición meineckiana, que en 1945 era un aviso de lo que había de volver a ser la cultura española, una cultura enraizada en Europa, al margen de los mitos políticos y de los tópicos retóricos

—entonces, recuérdese, el siglo XVII no era un siglo malo, como el XVIII, pero tampoco tan bueno como los de los Reyes Católicos y de Felipe II.

En comparación con esas grandes obras del mayor Gracián, que he recordado hasta aquí, *El Discreto* podría parecer una obra menor. Y no lo es. Su variedad temática sólo está superada por la de la *Agudeza* y de *El Criticón*; los supera a entrambos en la multiplicidad de géneros literarios —sea dicho con el amigable perdón del ya mencionado Croce—, de sus «realces»: elogios, discursos académicos, alegorías, memoriales, razonamientos, crisis, cartas, diálogos, sátiras, encomios, apólogos, invectivas, problemas, ficciones heroicas, apologías, emblemas, fábulas y panegíricos. Y, además, en esta obra, ni muy extensa ni muy breve, Gracián nos ofrece, más que en ninguna otra, una perfecta simbiosis de erudición libresca y reflexión personal. Puede ser, pues, como una síntesis de la compleja y rica personalidad de su autor.

Mucho menores son, en el conjunto de las obras gracianas, cuanto a su mole, *El Comulgatorio*, del que he de volver a hablar, el epistolario, imprescindible para penetrar en lo más interior de Gracián, el prólogo a la *Predicación fructosa* del padre Pedro Jerónimo Continente, y sus censuras y aprobaciones de libros; pero sólo estos últimos, y no sus meditaciones eucarísticas, pueden apellidarse escritos menores. Pues el breve *Comulgatorio* es no sólo el espejo paradigmático del Gracián escriturista, sino también el más legítimo —el único que vino al mundo con nombre y apellido propios—, y también el más sincero y el más personal.

Cuando lo expresé con toda claridad y sinceridad, uno de esos gracianistas que sólo conocen al jesuita belmontés frontalmente enfrentado con la Compañía y como escritor racionalista, recibió mi opinión con una sonrisa de perdonavidas. Sus prejuicios le impedían caer en la cuenta de que el propio autor lo había reconocido así: «Entre varios libros que se me han prohiado —explica «Al lector» desde sus primeras líneas—, éste solo reconozco por mío, digo legítimo, sirviendo esta vez al afecto más que al ingenio.

Mas no sería un libro legítimamente graciano si no apuntara a varios fines con diversas intenciones. Desde la portada, *El Comulgatorio* va dedicado «a la excelentísima señora doña Elvira Ponce de León, marquesa de Valdueza y camarera mayor de la reina nuestra señora», con la esperanza, como explicita luego en la dedicatoria a la marquesa de Villanueva de Valdueza, de que le «facilitase también la felicidad de pasar inmediatamente de manos de vuestra excelencia a los ojos reales».

Alguna vez he dicho que *El Comulgatorio*, como calcado en los moldes de la escuela espiritual jesuita, caída fuera de la posible división de todas las otras gracianas entre aquellas en que lo personal predomina sobre lo erudito o viceversa. También quedaría al margen de ese posible esquema *El Criticón* aunque por otro motivo: el perfecto ensamblaje que en él se da entre su talante vital y su erudición revivida y replasmada. Como el corriente cuadricentenario graciano me ha obligado a recalcar repetidas veces en esta obra máxima de Baltasar Gracián, no quiero inclinarme ahora a un autoplagio repetido, por muy de moda que pueda estar en estos tiempos los autoplagios literarios.

Todos conocéis, sin duda, las dificultades de todo género que acarreó a Gracián la publicación clandestina de las tres partes de *El Criticón* en Zaragoza 1651, Huesca 1653 y Madrid 1657. Quizá muchos menos, la súbita rehabilitación de su autor dentro de su provincianísima provincia de Aragón el último año de su vida terrena en el pequeño y apartado colegio de Tarazona, donde ejercía cargos tan delicados como el de «monitor» (casi corrector) del rector del colegio, consultor de la casa, padre espiritual de los demás padres, de los hermanos coadjutores y de los estudiantes que allí cursaban filosofía.

Triste es la historia —sólo historieta ahora, a tres siglos y medio de distancia— de las delaciones sufridas por parte de sus «padrastrós» de Zaragoza y de Valencia, y del duro, cual germánico, prepósito general de Roma, Goswin Nickel. Pero dentro de este marco, la inserción, en los intersticios de aquellas tres fechas, del prólogo a la *Predicación fructuosa* (1652) y de *El Comulgatorio* (1655) —dos escritos tan lejos de poder dar en ojos de

sus padrastrós y enojos a su autor— podría producir la impresión de que se trataba sólo de dos cojinetes parachoque. Mas ello no es así. Como otros muchos creen, yo pienso que se trata de los dos escritos más sinceros del genial jesuita aragonés.

Aun a riesgo de autoplagiarme, debo recordar aquí, tratando de Gracián escriturista, que sus dos escritos que acabo de mencionar son algo más que una respuesta intencionada a quienes le acusaban de escribir «libros poco graves» y «poco dignos de un religioso»: ambos escritos, sobre todo *El Comulgatorio*, los podía firmar sin rebozo un reverendísimo padre de la Compañía de Jesús, «letor de Escritura».

En las restantes obras de Gracián se nota siempre un esfuerzo por evadirse de su ambiente; en esta, en cambio, en el estilo «que pide el tiempo», vuelca sus apuntes de escuela y sus notas de oración, en una atmósfera religiosa y espiritual que era la suya propia. En sus demás escritos, por el contrario, se advierte un esfuerzo por des-sobrenaturalizar su pensamiento, por fingir una moral laicizante y un deísmo naturalista, como actitud literaria tan fingida como intencionada.

En *El Comulgatorio*, en cambio, se nos transparenta el Gracián histórico, el religioso fiel a su vocación y consecuente con sus principios, a pesar de «las cosillas» de que le acusaban ante el prepósito general; entre ellas se hallaba nada menos que la de ser «cruz de los superiores». En realidad, todas provenían de su reacción contra la mediocridad que le rodeaba, fuera de los breves períodos en que acudía a la corte, o acompañando el duque de Nocera para cubrirse como grande de España, o volviendo a ella para salvar a ese su grande amigo, y penitente, de la acusación levantada ante el conde-duque como traidor, por no aprobar —él, napolitano— la guerra contra Cataluña; y también para enardecer a los fieles, desde el púlpito de la iglesia del Colegio Imperial, en los últimos años del conflicto que acabaría mutilando la Corona de su mítico Político don Fernando.

En esa otra obra, *El Comulgatorio*, quince años más tardía, se nos descubre el hombre interior formado en la ascética, y



aun en la mística, de san Ignacio, un ejemplar típico de la escuela espiritual de los jesuitas en los reinos de España: esas «meditaciones varias para antes y después de la sagrada comunión» son dignas de un discípulo plenamente barroco del de Loyola, en la línea, ya incipientemente alambicada, de Luis de la Puente.

Aparentemente le separa de san Ignacio la división de casi todas sus meditaciones en cuatro y no en tres puntos, como solía hacer san Ignacio, en una vía dialéctica triple, que alguien ha relacionado —creo que con buen fundamento— con el pensamiento trifásico de Hegel y de los más potentes ingenios filosóficos. Pero me atrevería a insinuar que quizá aquellas meditaciones de solo tres puntos, las últimas del libro —la XLI y de la XLVII a la XLIX—, hayan sido tal vez practicadas y escritas antes que las demás, con independencia de estas, y con un juego de esponjamiento espiritual y de practicidad apostólica, cual correspondería, por ejemplo, a los años de su inmediata preparación al sacerdocio, en Zaragoza, entre 1623 y 1626.

En todas se nos trasluce un religioso que, sin llegar probablemente a una contemplación mística en su estricto sentido teológico (es decir, bajo el influjo de gracias sobrenaturales extraordinarias), se había acercado más de una vez a aquel estadio inmediatamente anterior al de la verdadera mística al que san Ignacio acompaña a su ejercitante: estadio equivalente, para algunos, al de la sexta morada de santa Teresa, al que Loyola muy probablemente llegó de la mano del prehumanista español, catalán para precisar más, Ramon Sibiuda, trasladado de la filosofía teológica o de la teología natural a la teología espiritual por el cartujo flamenco de fines del siglo XV Pieter Dorlant en los diálogos de la *Viola animae*.

Por muy barroco que ahora nos parezca, y que en realidad sea, el texto de *El Comulgatorio*, encaja de lleno en una corriente espiritual muy de nuestros días, propugnada y propagada sobre todo por el cardenal de Milán, Carlo Maria Martini, de enraizar toda la vida contemplativa y de oración en la sagrada escritura. En sus cuarenta y nueve meditaciones, Gracián

no se aparta nunca de ella, muestra evidente de que él no era sólo un «letor de Escritura», sino que en ella y de ella vivía.

De ese texto no tenemos aún ninguna edición crítica, ni semicrítica. Pero a un hombre como yo, no del todo lego, pero tampoco un especialista de los estudios bíblicos, le ha bastado una lectura atenta de esta obra para detectar más de 300 referencias bíblicas: las más, claramente y muy directamente explicitadas; otras, tenuemente adaptadas a sus propias meditaciones; algunas, solo levemente insinuadas. Las sagradas escrituras son la fuente casi única de esas meditaciones gracianas, y tan personalmente gracianas, con referencias incomparablemente más numerosas que las que apuntan a escritos litúrgicos o ignacianos —estos últimos, siempre presentes a flor de piel.

Sólo por azar hallaremos una alusión de tradición franciscana a la invocación «Dios mío y todas mis cosas» (IX, 3), aunque no se halle en los escritos auténticos del santo de Asís, sino solo en algunas de sus más antiguas biografías. Y apenas raras veces se atreve a glosar el texto sagrado con interpretaciones personales: así al precisar, por encima de cuanto Ester (1-6 más 12 y 89) y el primer libro de Esdras (4, 14) explicitan, que de las tres grandes salas del famoso palacio del rey Asuero (de Jerjes, en su forma helenizante), una era de plata, para la recepción de los nobles; otra, de oro, para recibir a los grandes, y la tercera, toda de piedras preciosas, para los príncipes. Mi suposición de que Gracián se lo imagina por su cuenta —aunque eluda a una autoridad, sin explicitarla— se basa en que no he hallado nada a ese propósito ni en Heródoto, el historiador griego que más noticias nos da del mundo oriental, ni en *Il Milione* de Marco Polo, el viajero veneciano que más amplió el conocimiento del Extremo Oriente a los europeos desde fines del siglo XIII y principios del XIV, ni en la bibliografía que he podido consultar, posterior a 1949, fecha del copiosísimo arsenal de noticias —negativas en nuestro caso— que nos da la última edición del Pauly-Wissowa (36, XVIII, 3, col. 5-81).

En los últimos cuatro lustros los gracianistas han estudiado más los ecos ignacianos en Gracián, que no los escriturísticos;

y, de aquellos, más los referidos a la composición de lugar que a la aplicación de sentidos. Ésta ha comenzado a interesar más insistentemente en casi todos los congresos y simposios celebrados en este año cuadracentenario de 2001.

No se puede negar que en las aplicaciones de los sentidos, sobre todo en *El Comulgatorio*, es donde más aparecen, aunque solo de cuando en cuando, algunos rasgos de mal gusto, en los escritos del más exigente escritor barroco de toda Europa en favor del «buen gusto» conceptista —que ya no lo diría a los empecatados esteticistas del Setecientos. Pero hay que reconocer también que pocas veces, en otros de sus escritos, alcanza Baltasar Gracián un preciosismo tan sutil como en algunas repeticiones, hasta cinco y seis veces seguidas, de voces de la misma raíz sensitiva —otros dirían quizá sensual— en un mismo párrafo de algunas de esas meditaciones eucarísticas, sensualidad barroca que muchos escritores españoles de su época exageran, y aun exasperan, mucho más. Pero ello nos trasladaría del verdadero, aunque sólo inicial, misticismo de Gracián a tantos contemporáneos suyos pseudomísticos —permítaseme echar mano, por simple comodidad, de esa palabreja, que a mí, siendo tan pocos los verdaderos místicos, me suele sonar a pleonasma.

Volvamos a notar, para concluir, que el Gracián escriturista es también un Gracián escritor. En *El Comulgatorio*, como en todas sus otras obras, aparecen muy frecuentes latinismos, y muy escasos grecismos: solo dos, «paraninfo» en sentido personal ('el que nos trae una buena nueva') y el pleonástico «hidrias de agua» (XXXVI, 3), También algunos intencionados aragonesismos, tal vez en busca retórica de lo recóndito, pocos vulgarismos, y algunos giros populares, como la alternancia del leísmo y del laísmo en los pronombres personales en dativo singular, y la de las formas diftongales o simplificadas en las segundas personas verbales en plural, ciertos ecos paremiales —a pesar de pertenecer esta obra al período en que Gracián dudaba, contra su ingenuo parecer juvenil, del valor filosófico de las vulgares consejas—, algún arcaísmo, frecuentes elisiones, sutiles juegos de palabras y algunas inesperadas paradojas.



A pesar de no estar tan lejos, esta obra escriturística, de los demás libros gracianos, ni en su tiempo ni en los siglos posteriores ha alcanzado *El Comulgatorio*, ni entre el mundo piadoso ni en el de los demás géneros de lectores, el mismo éxito que todos los restantes, que cualquiera de ellos, sin intentar parangonarlo con el más exitoso de todos, el *Oráculo manual* primero, por su parejo valor literario y filosófico. El Filosófico siglo XVIII supo perdonarle su barroquismo por ser un barroco más de concepto que de metáfora; en pleno idealismo germánico del XIX, Schopenhauer se lo apropió, glosándolo más que traduciendo, y Nietzsche lo desfiguró, lo internacionalizó aún más, e intentó también desacralizarlo del todo. Nuestro siglo XX, en fin, ha sabido conjugar el escritor Gracián con el pensador, el escritor de todas las mentalidades —lo estoy plagiando, ya lo veis— con el hombre del barroco y de todos los tiempos. Y a fines del último siglo, los albores de la globalización nos han presentado el *Oráculo* como guía del nuevo marketing internacional.

En el mismo paso del siglo XX al XXI, la prensa y todos los medios de difusión han comentado que esta última visión del *Oráculo* lo ha vuelto más manual aún —más fácil de hallar, en interpretación auténticamente gracianna, para los economistas pensadores y para los manager prácticos. Y se han referido, obviamente, a los cientos de millares de ejemplares que su última traducción, o adaptación, inglesa ha alcanzado en todos los Estados Unidos de América, *from cost to cost*. Pero pocos han sabido allí lo que en Europa ya muchos conocían: este último, por ahora, gracianismo —o pseudogracianismo, váyase a saber— se debe esencialmente a Gianfranco Diotiguardi.

Este profesor de economía en la Universidad de Bari y, al mismo tiempo, internacional hombre de negocios, allá por el séptimo decenio del Novecientos, en uno de sus frecuentes viajes intercontinentales, halló por azar en una librería de Boston, Massachussets, un tardío ejemplar de mi librejo Gracián y el Barroco, hasta 1958, como he dicho ya, único volumen castellano de la colección internacional «Storia e Letteratura»,

fundada por Don Giuseppe de Luca poco después de terminada la trágica Segunda Guerra Mundial. Firmé su prólogo el 1.º de enero de dicho año tricentenario de la muerte de nuestro gran clásico aragonés del siglo XVII.

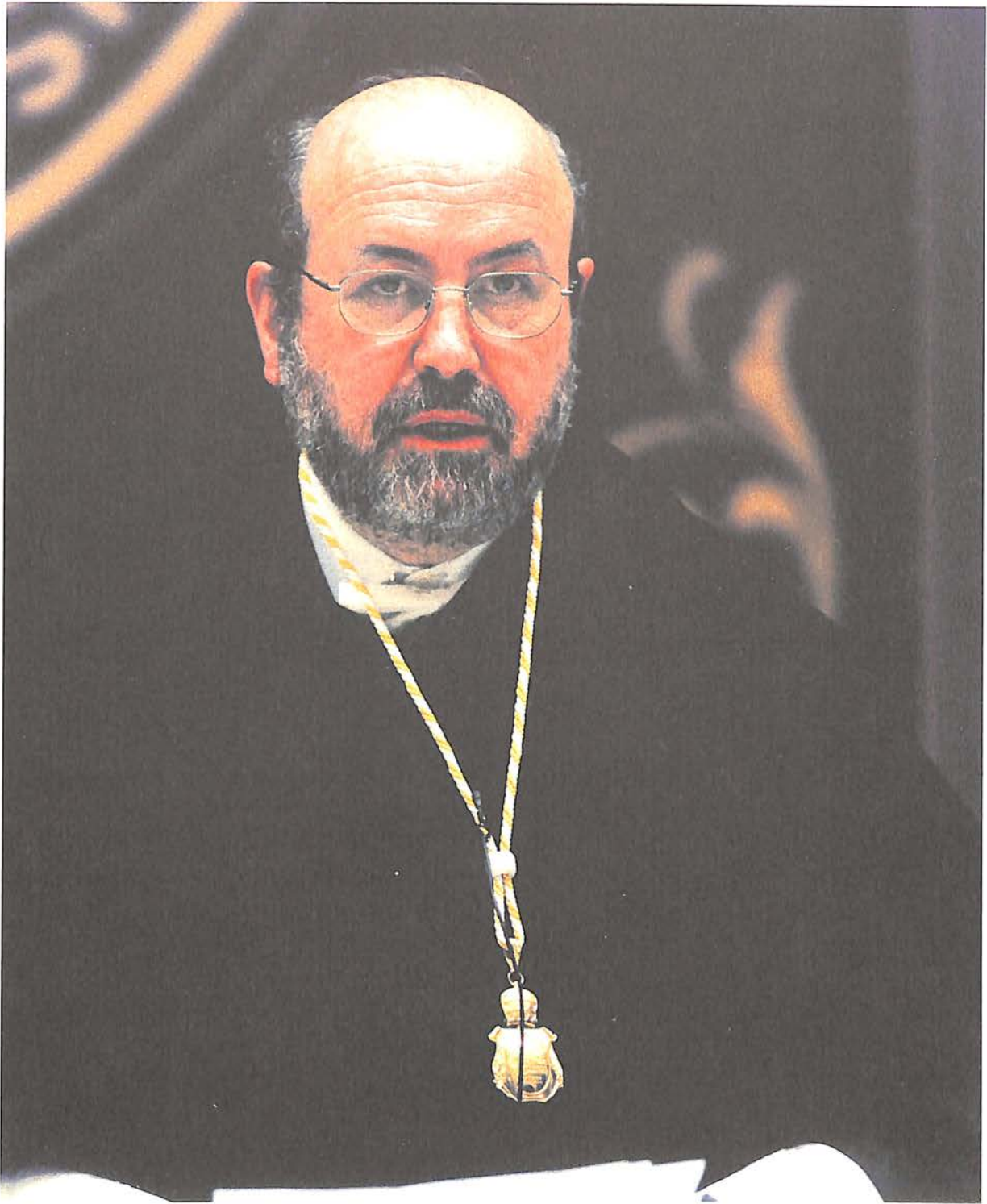
Dioguardi lo hojeó en la misma librería, le interesó, lo compró, y se lo llevó a Italia para leerlo y saborearlo despacio. De mi libro saltó a los de Gracián, sobre todo al *Oráculo* libresco —no el oráculo casero, que pare el supuestamente frío Gracián era el corazón— y, tras atenta reflexión, lo reflejó, y refractó, en un impensado volumen, bajo el enigmático título de *L'astuzia delle astuzie*; y poco después un *Oráculo* en italiano se presentaba con la siguiente faja editorial «Trecento massime di un gesuita del Seicento per il manager di oggi». Y con el prestigio de un profesor universitario y el renombre de un constante comentarista económico de *Il Corriere della Sera*, periódico de la burguesía milanese y de la intelectualidad más bienpensante —sin y con ironía— de toda Italia, se convirtió rápidamente en un best seller en aquella nación, y en una curiosa obra tanto para los economistas como para los hispanistas de toda Europa.

Como acontece, algunos éxitos europeos se convierten después —si no luego— en exitazos americanos, para incitar leves sonrisas complacientes, de nuevo, en la Europa más europea —la que prefiere la sonrisa a la risa.

Sin duda a ella pertenecéis los que habéis sabido soportar el difícil, aunque vistoso, engarce del silencioso escriturista Gracián en el exitoso Baltasar Gracián de estos días, que no puedo denostar ahora y aquí, por ser, al menos en parte, también los nuestros.

Muchas gracias por vuestra atención.

DISCURSO DE BIENVENIDA
DEL EXCMO. Y MAGNÍFICO
SR. RECTOR
D. MANUEL GALLEGO DÍAZ



*Dignísimas Autoridades.
Miembros de la Comunidad Universitaria.
Señoras y Señores.*

En nombre de la Universidad, especialmente de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la que ha partido la propuesta, y en el mío propio me corresponde el privilegio y el honor de dar la bienvenida a nuestra comunidad universitaria al Padre Miguel Batllori, S.I. por su incorporación a ella como Doctor «Honoris Causa».

El acto más solemne en la vida de una Universidad es, sin duda alguna, la incorporación a su Claustro de Doctores de aquellas personas que por sus cualidades y méritos científicos, académicos y humanos se han hecho dignos del más alto grado académico. Por ello hoy nos vestimos de fiesta en la Universidad Pontificia Comillas y manifestamos nuestro júbilo por

haber recibido en nuestro Claustro de Doctores a un insigne y ejemplar maestro.

Viene siendo norma de esta Universidad —huyendo de cualquier oportunismo, particularmente político— conceder el Doctorado «Honoris Causa» exclusivamente a quienes por sus notables méritos académicos y científicos o por sus relevantes cualidades humanas ofrecen una trayectoria que pueda servirnos de estímulo y modelo a seguir en nuestro quehacer universitario. No voy a insistir ahora en los méritos académicos y científicos del Padre Batllori porque su padrino, el Profesor Menéndez Ureña, los ha expuesto ya de forma elocuente, pero no puedo dejar de poner de manifiesto que su trayectoria personal, científica y académica constituyen todo un símbolo para quienes formamos parte de esta Universidad. El P. Batllori es uno de los más célebres historiadores y estudiosos del pensamiento y la cultura de las letras españolas y cuenta con una dilatada labor investigadora en los campos de la historia y el pensamiento, concretamente en el Humanismo y el Renacimiento, la historia y la cultura de los jesuitas o el Barroco. Todo ello se ha reflejado en una prolongada y fecunda actividad docente como Profesor de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, de la que sigue siendo Profesor Emérito, y en una obra ingente de un valor ya indiscutible que actualmente está siendo objeto de una publicación conjunta en 19 volúmenes. No es nada extraño, pues, que se le hayan rendido numerosos testimonios de reconocimiento, entre los que cabe destacar el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales de 1995, que haya sido investido ya Doctor «Honoris Causa» por otras Universidades o que sea miembro de número de la Real Academia de la Historia desde hace muchos años.

La trayectoria humanista de la Compañía de Jesús, presente en la vida y en la obra del P. Batllori, quiere seguir siendo también un referente esencial de nuestro proyecto educativo transmitiendo una dimensión humanista a todos los saberes y proporcionando una sólida y amplia formación cultural y humana a todos nuestros estudiantes. La incorporación del P. Batllori a nuestro Claustro de Doctores no dejará de ser aliento

y estímulo constantes en este empeño por una formación integral de la persona y por la primacía de los valores humanos en ella y en la convivencia universitaria.

La investidura del P. Batllori como Doctor «Honoris Causa» tiene también un significado especial que no podemos pasar por alto: su inclusión dentro de los actos que la Universidad ha organizado con ocasión de la celebración del cuarto centenario del nacimiento de Baltasar Gracián, también jesuita, de cuya obra es gran concedor nuestro nuevo Doctor como hemos tenido oportunidad de comprobar por su magnífica lección doctoral sobre «Gracián escritor y Gracián escriturista». El pensamiento de Baltasar Gracián, síntesis de la sabiduría antigua de los clásicos griegos y latinos y del humanismo cristiano, resulta hoy de plena vigencia por el atractivo que tiene para el hombre de nuestro tiempo, especialmente para los dedicados al mundo de los negocios y de la política, por comunicar una sabiduría que armoniza desarrollo personal, virtudes morales y éxito profesional. Los ejecutivos norteamericanos han descubierto en sus máximas y aforismos la sabiduría práctica que necesita el hombre virtuoso en el mundo de los negocios. Nuestros estudiantes del campus de Alberto Aguilera, muchos de ellos futuros hombres de negocios, deberían aprender también algo de la sabiduría práctica de este humanista — por cuya calle tienen que pasar para ir de la clase a la biblioteca—, sabiduría muy necesaria hoy para enfrentarse a un mundo competitivo y hostil en el que la única ambición es muchas veces la de hacer dinero a toda costa.

Entre las máximas y aforismos de su «Oráculo manual y Arte de la prudencia» se refiere Gracián en primer lugar al «saber elegir» que considera ser «uno de los máximos dones del cielo» y más adelante a «elegir un modelo elevado, más para superarlo que para imitarlo». «Propóngase como modelo, cada uno en su ocupación —nos dice—, a los de más mérito, no tanto para seguirlos como para superarlos». Con la concesión del Doctorado «Honoris Causa» al P. Batllori estamos seguros de haber sabido elegir bien y sobre todo de haber elegido un modelo elevado aunque en este caso si no para superarlo al

menos para seguirlo e imitarlo en nuestra condición de personas y universitarios. Por todo ello, P. Batllori, nos sentimos muy honrados de tenerle en nuestro Claustro de Doctores. Reciba nuestra más cordial enhorabuena en nombre propio y de la Universidad Pontificia Comillas que desde hoy es también la suya.

